

y otras derrotas

go al POUM: “Abandonó España con la plena conciencia de que uno de los principales problemas radicaba en que la suya estaba dejando de ser una causa justa para convertirse en una causa equivocada, o al menos mal conducida, e impotente al cerciorarse de que ni él ni nadie podría remediar un estropicio cuyas consecuencias iban a resultar fatales más pronto que tarde”. La derrota, también, del poeta **Ángel González**, lejano motor del libro. La derrota, incluso, de la relación entre los dos hermanos Machado, cuya común historia salva históricamente Barrero gracias al adverbio inicial: “Probablemente Manuel se quedó en Burgos porque se encontraba cómodo y a salvo, porque allí podía llegar a ser una figura respetada en un contexto que debió de resultarle provinciano, cosmopolita como era o decía ser, pero que en cualquier caso le parecía más halagüeño que el que podía aguardarle si se planteaba ir en busca de su familia; y, por la misma razón, Antonio quiso quedarse en Madrid porque era en aquella ciudad donde estaba su verdadero habitat, aquél que él había perseguido a lo largo de toda su vida y que había alcanzado sólo recientemente”. **Camposanto en Collioure** es, en fin, ese aire que envuelve a las derrotas, a la derrota. Y Barrero lo plasma de modo tan redondo que deja sus anteriores libros en notables, en pasos previos al presente volumen. Lástima que el cuerpo de letra sea tan diminuto (maldita crisis, maldita estafa): dicho sea solo para incordiar, para poner una pega a tan estupenda obra.

cursos, un superventas que acabó en el teatro y la televisión. La obra retrata a una mujer que desde muy joven tuvo claro lo que quería en cada momento, y, como dice el título, recursos para conseguirlo: fuerza, serenidad, inteligencia, generosidad, amplitud de miras y grandes dosis de ambición por aprender y entender el mundo que le rodeaba.

A través de decenas de cartas que se devoran una detrás de otra en una lectura muy divertida, se descubre la vida Bess Steed, nacida a finales del XIX en un pequeño pueblo de Texas cuando eso de la independencia de la mujer era algo que sonaba a chino. Y desde la primera misiva que envía, con 9 años, se percibe ya su espíritu libre. Ese mismo que le sirve para decidir por su cuenta cuándo y con quién se casa o en qué invertir el dinero de una pequeña herencia. Pocas dudas tiene Bess en irse de vacaciones a conocer Europa sin su marido y embarazada (“Me encantaría pasar el verano en un lugar en el que el embarazo no fuera un motivo de vergüenza, sino de orgullo”) o de admitir sin reparos a la nueva mujer de su padre, viudo, más joven que ella. Ella misma se quedará viuda y con tres hijos y, pese a los consejos de sus allegados, toma las riendas de todo, no sólo de la casa y la educación de los pequeños, sino también de dónde vivir o cómo gestionar la empresa de seguros de su difunto marido cuando pasa por malos momentos.

Bess incluso se casa de nuevo, aunque en este caso, por el bien de sus hijos, que necesitan un padre. Pero reconoce tiempo después el error de anteponer el bie-



Camposanto en Collioure

MIGUEL BARRERO
“Prix International de Littérature 2015 de la Fondation Antonio Machado”
Editorial Trea. 2015
118 páginas

Barrero lo plasma todo de modo tan redondo que deja sus anteriores libros en notables, en pasos previos al presente volumen



Una mujer de recursos

ELIZABETH FORSYTHE
HAILEY
Libros del Asteroide, 2014

nestar de los pequeños al suyo propio. Nunca deja de viajar, de ir al teatro, al club de lectura... No descuida a su familia política ni a sus amigos (será la primera que aplauda la decisión de su amiga Totsie de divorciarse y dejar atrás un matrimonio que no la permite realizarse, y la primera en lamentar que su cuñada siempre haya dependido de alguien: padres, marido e hija). Prueba fortuna con éxito en el pujante sector inmobiliario de mediados de siglo en EE UU. Anima a su hija a ser libre: “La mejor dote que puede aportar al matrimonio una mujer es un acervo de recuerdos adquiridos por su cuenta”.

Y así con todo. Bess Steed huye de las convenciones sociales de la época sin habérselo nunca planteado. Gracias al instinto. Su mejor recurso.

Destino quebrado

Los mejores relatos de la malograda **Marina Keegan**, muerta a los 22 años, en **Lo contrario de la soledad**



EUGENIO FUENTES

Nueve relatos, ocho artículos de peso y un canto de adiós a la vida universitaria. Son las cartas de presentación de la escritora estadounidense **Marina Keegan**. Pero también son los multicolores cirios de su adiós al mundo, porque Marina Keegan (1989-2012) falleció en un accidente de automóvil a los 22 años y esos dieciocho textos constituyen el legado que sus albaceas juzgaron digno de publicación. Todos juntos componen **Lo contrario de la soledad** (Alpha Decay), un volumen cuyo título se toma de la reflexión con la que la joven, quien se graduó por la prestigiosa universidad de Yale un lunes de finales de mayo y perdió la vida el sábado siguiente, se despedía en 2012 de sus cuatro años de campus.

El artículo “Lo contrario de la soledad” –un vibrante canto que arranca del miedo a vivir sin la protección del alma mater y desemboca en las enormes esperanzas suscitadas por un futuro lleno de posibilidades– estaba destinado a nacer y morir en las páginas del **Yale Daily News**. Sin embargo, el inesperado fallecimiento de Keegan lo convirtió en uno de esos fenómenos virales propios de la red: en pocos días fue leído más de un millón y medio de veces en casi un centenar de países. Tal vez porque, pese a ser no ser el texto más relevante de un volumen rico en escritos logrados, contenía una frase que, al cabo, había de revelarse como dolorosa muestra de una de las mayores ingenuidades de los seres humanos. La de dar por sentado que la vida es un sendero cuya longitud puede calcularse mediante categorías estadísticas como la esperanza de vida media.

“Somos muy jóvenes. Somos tan jóvenes. Tenemos veintidós años. Tenemos mucho tiempo por delante”, escribía en efecto Marina Keegan pocos días antes de que la muerte se lo arrebatara todo en un abrir y cerrar de ojos. Atrás quedaba una incipiente y prometedora carrera en la que, además de ser ayudante de investigación de **Harold Bloom** y estudiante en prácticas en el **New Yorker** y en la **Paris Review**, se había comprometido a fondo con los universitarios demócratas y había sido el alma del movimiento de indignados Occupy Yale. Y, como reflejan sus escritos, había leído, pensado y vivido con toda intensidad.

Porque lo cierto es que la excepcional acogida dispensada a la obra de Keegan, publicada en EE UU ayer hizo un año, no es sólo el producto de una conmoción

ante el talento truncado, amplificada por la potente maquinaria de Yale. No. Los relatos de ficción incluidos en **Lo contrario de la soledad** muestran a una sagaz observadora de situaciones e individuos, dotada de una fértil imaginación, con un talento ya muy pulido por las armas del oficio adquirido en las aulas y con la inestimable virtud de no recurrir a la imposición de la voz para fingirse madura. En cuanto a los artículos, alguno de los cuales es con toda claridad un reportaje, añaden a sus valores intrínsecos la posibilidad de calibrar el subsuelo de la ficción a la luz de las variadas inquietudes de la joven autora.

Keegan era una sagaz observadora, de fértil imaginación, que no recurría a imposter la voz para parecer madura

En este terreno de la no ficción, los albaceas han seleccionado textos en los que, por ejemplo, Marina Keegan, a la vez que se emociona ante las ballenas varadas, se muestra perpleja por la indiferencia que suscitan los sin techo encallados en el cemento. O en los que, celíaca ella misma, desgrana a través de la figura de su madre la odisea de los pioneros en la lucha por conseguir que alimentos y menús informen de la presencia del temido gluten. O en los que, como en el más incisivo de la serie, “Las alcachofas también dudan”, desvela los perversos mecanismos que convierten al 25% de los graduados por Yale en empleados de consultoras y financieras.

Con todo, puede afirmarse que la cima de esta sección se alcanza en “Mato por dinero”, un impecable reportaje sobre un veterano exterminador de plagas case- ras –“tú me dices lo que es, yo lo mato”–, que por su precisión y sentido del humor merecería ser incluido en cualquiera de las antologías del género.

Por supuesto, la pulsión vital de una joven de 18, 20 o 22 años, que habla de experiencias de su edad incorporando lenguaje de su edad, es la savia nutrición de algunos de los relatos de ficción, como el magnífico y en cierto modo premonitorio “Fría pastoral” –que vio la luz en vida de la autora en el **New Yorker**– o el más intimista y familiar “Vacaciones de Navidad”. Piezas que, sin embargo, conviven con otras que dan fe de que la imaginación de Keegan hacía barrios de 360 grados. Así, “Leer en voz alta”, sobre los peculiares hábitos de una lectora para invidentes; “Abismo Challenger”, acerca de una tripulación atrapada en un submarino a once mil metros de profundidad, y, por encima de todos, la irónica e hipercrítica “La ciudad esmeralda”, ambientada en el Bagdad del verano de 2003. Una pieza epistolar que condensa en 20 páginas toda la ingenuidad, la codicia y la torpeza que se aliaron en la invasión de Irak por la banda de **Dick Cheney**. Una pieza de una escritora de cuerpo entero a la que se le quebró el destino.



Lo contrario de la soledad

MARINA KEEGAN
Traducción de
Regina López Muñoz
Alpha Decay
208 páginas
19,90 euros